

La pérdida de Filipinas

La expansión de los Estados Unidos en el Pacífico

Por Luis Eugenio Togoresh Sánchez

Historiador

EL mapa político del mundo estaba cambiando a finales del siglo XIX gracias a la cesión involuntaria de territorios y zonas de influencia por parte de potencias en declive a favor de naciones expansionistas que, en pleno vigor, se afanaban por crear grandes esferas de influencia.

Los Estados Unidos, gracias a su rápido desarrollo económico, basado en la explotación de inmensos recursos naturales y la mano de obra procedente de una corriente migratoria fundamentalmente europea, se habían erigido en potencia de primer orden y escalado niveles de liderazgo en la sociedad internacional de la época. Esta situación se evidenció durante el mandato del presidente Cleveland, en la disputa fronteriza británico-venezolana, que puso nuevo énfasis en la doctrina Monroe, obligando a una Inglaterra preocupada por los problemas de África del Sur a recurrir al arbitraje.

Las posesiones españolas en el Pacífico se encontraban en el objetivo del expansionismo americano, a pesar de ser ésta una cuestión situada aparentemente *entre bastidores* en comparación con las intenciones *yankis* respecto a Cuba. La colonia española de Filipinas adquirió una creciente importancia en el cúmulo de intereses del grupo belicista y que llevó a Estados Unidos a proclamar la guerra contra la débil monarquía española de la Restauración. Es importante destacar el papel de primer orden que en la compleja tramitación de aquella crisis cupo, si no al *concierto europeo* en sí mismo —lógicamente marginado, pese a la amarga decepción española—, sí a las potencias europeas que buscaban a la sazón en Ultramar el fortalecimiento de sus pretensiones hegemónicas —Gran Bretaña y Alemania, en primer lugar; Francia, a continuación—, y que por entonces tenían fijada su atención en el desarrollo futuro de sus intereses en los mares de China.

La cuestión de Extremo Oriente alcanzó entre 1894 y 1901 una importancia prioritaria. Esta situación se fue gestando a lo largo de todo el siglo XIX, siendo su centro la permanente crisis china y la siempre xenófoba acti-

tud del gobierno imperial manchú y del pueblo chino respecto a la penetración occidental.

La belicosidad expansionista estadounidense se puso plenamente de manifiesto en la década de los noventa, y alcanzó su punto álgido en la cuestión de Cuba, convirtiendo así sus deseos sobre la antigua colonia española en una política de abierto intervencionismo a nivel mundial, plasmada en la anexión de las islas de Puerto Rico y Hawaii, la asunción del control directo sobre Guam, y la apropiación de Filipinas.

La anexión de Filipinas se convertirá así en el abrupto colofón a largos años de penetración en aquella parte del Pacífico. Esta acción, en sí misma, no supuso la entrada en escena de los Estados Unidos en el conflicto de intereses que se desarrollaba en Extremo Oriente desde hacía más de cincuenta años, pero produjo la plena asunción, por parte de éstos, del papel de potencia con plena presencia en la zona en relación a cuestiones de índole estratégica, territorial y comercial. De este momento histórico, 1898, parte el desarrollo creciente de una política intervencionista, imperialista y hegemónica de los Estados Unidos en Extremo Oriente.

Las Filipinas supusieron el final de una carrera a través del Pacífico —Hawaii, French Frigate, Johnston, Palmyra, Samoa Occidental, Midway, Wake, Guam— que proporcionaría a Estados Unidos una ruta segura hacia el corazón de Asia. Esta intromisión en el área, esta escalada intervencionista, prácticamente ha llegado hasta nuestros días: sometimiento de los independentistas filipinos, intervención en la política interior china a partir de la revuelta bóxer, ocupación y conquista de colonias alemanas en el Pacífico durante la Gran Guerra, intervención masiva y prioritaria en aquel escenario bélico durante la Segunda Guerra Mundial, ocupación del Japón, guerras de Corea y Vietnam, intervención en Filipinas, Camboya, Laos, etcétera.

En 1898 los Estados Unidos lograron conformar una zona político-económico-estratégica en todo el continente americano —con la exclusión momentánea del Canadá—, así

como una vía estable de actuación extracontinental desde sus costas occidentales, a través del Pacífico, hasta el gran foco de atención extra-europeo del momento: el Asia Oriental.

Los belicistas norteamericanos

En 1893 el historiador americano Frederick J. Turner leyó ante la *Asociación histórica norteamericana* un trabajo en el que llamaba la atención sobre el concepto de *la frontera* (sic). En primer lugar, Turner se basaba en un informe de la Oficina del Censo del Gobierno de los Estados Unidos, en el que se detallaba el censo de 1890 y se aseguraba que *la frontera* estaba cerrada. Esto no suponía que la gran oleada de emigrantes hacia *el Oeste* hubiese terminado, sino que los territorios marginales de los Estados Unidos, en donde el poblamiento no se hallaba asentado todavía, se habían ya encontrado y delimitado. El país estaba explorado y consolidado. Los actuales *estados* continentales de la Unión existían ya —salvo Oklahoma, Nuevo México y Arizona, que todavía eran *territorios*—, el gran movimiento colonizador iniciado en el siglo XVII podía darse por terminado. Los Estados Unidos podían sumarse, a partir de ese momento, a la carrera por el logro de posesiones ultramarinas que les permitiesen acceder a una posición privilegiada en el contexto internacional de la época.

Esta voluntad de liderazgo dentro de la política de adquisiciones coloniales no fue fruto exclusivo de la conclusión del movimiento colonizador interior. Ya en 1845 John L. O'Sullivan, periodista y diplomático americano perteneciente al Partido Demócrata, aludió por primera vez al *destino manifiesto* con la formulación del expansionismo como única vía de engrandecimiento del país. O'Sullivan dejaría tres discípulos: John Riske, historiador; Josiah Strong, pastor protestante, y John



W. Burges, profesor de la Universidad de Columbia.

Pronto, a éstos les seguirían otros entre los que destacaría con luz propia el marino de guerra capitán A. T. Mahan, que se convirtió en uno de los principales teóricos del expansionismo, apoyado por hombres como el senador por Massachusetts, Cabot Lodge, cuya colaboración fue determinante en la acción exterior para el logro del *protectorado* sobre las islas Hawaii en 1893.

Al grupo se unirá el joven Theodore Roosevelt, tras asistir a las clases de Mahan en el Colegio de la Marina de Guerra, donde éste exponía su teoría de que *la República de los Estados Unidos tiene que conseguir el mayor número posible de colonias y bases, así*

Izqui
uno
impu
nort
Will
pres
Unio
Espa
Cuba

com
cien
man

El
pene
polít
con
en E
seud
aunq
mino
deros

En
elec
ron l
ción.
publi
gober
la pr
Era e
blicar
terior
nerac
la em
nuevo
lítica,

El m
discíp
velt, p
cretar
senad
drá un
proye
dos, a
territo
mente
gunda
manda
flota a
éste se
San F
porcio
por si
contien
se pod

Esta
enero
denes
vicio

Izquierda, *Theodore Roosevelt*, uno de los máximos impulsores del expansionismo norteamericano. Derecha, *William McKinley*, 25.º presidente de los Estados Unidos; durante su mandato España fue expulsada de Cuba y Filipinas

como una marina lo suficientemente poderosa para mantenerlas.

El nuevo imperialismo penetró en el pensamiento político de los Estados Unidos con igual vigor y fuerza que en Europa, pero con formas y seudoformulaciones propias, aunque constreñido a grupos minoritarios sumamente poderosos e influyentes.

En 1896 el resultado de las elecciones presidenciales dieron lugar a una nueva situación. El veterano político republicano William McKinley, gobernador de Ohio, asumía la presidencia de la nación. Era el típico candidato republicano de la generación posterior a la guerra civil, una generación gris que posibilitaría la entrada en acción de los nuevos grupos de presión política, los *belicistas*.

El nombramiento del joven discípulo de Mahan, Roosevelt, para el cargo de subsecretario de Marina, gracias al senador Cabot Lodge, supondrá un paso fundamental en la proyección imperialista de los Estados Unidos, así como para el futuro del ya menguado territorio ultramarino español y, muy especialmente, de las Filipinas. Este funcionario de segunda fila impulsará el nombramiento del comandante G. S. Dewey para la jefatura de la flota asiática de los Estados Unidos. Cuando éste se hizo cargo del mando de dicha flota en San Francisco, Roosevelt se apresuró a proporcionarle setenta toneladas de municiones por si las necesitaba en caso de guerra, en una contienda que en aquellos momentos aún no se podía, teóricamente, aventurar.

Estas actuaciones llevarán a que el 27 de enero de 1898 la escuadra de Dewey reciba órdenes de no licenciar a la marinería con el servicio cumplido, en prevención de aconteci-

mientos, al tiempo que se ordena la conducción de la flota de Hong Kong, advirtiéndole que debe encontrarse en situación de *permanente carboneo*.

Roosevelt, además, mandaría que en caso de ruptura de hostilidades con España la escuadra abandonara las aguas continentales asiáticas eludiendo un choque con la flota española, para atacar las costas de Filipinas.

Faltaba casi un mes para la explosión del *Maine*, y cuatro para el ultimátum estadounidense. Todo esto nos lleva a pensar que, para ciertos sectores, las Filipinas eran una cuestión de primer orden, aunque unida de forma ineludible al desarrollo de los acontecimientos en Cuba. ¿Podemos pensar se estaba planificando la acción exterior de los Estados Uni-



dos a espaldas del propio presidente McKinley?

Tras la voladura —aún hoy no explicada satisfactoriamente— del *Maine*, McKinley, hombre sinceramente pacífico según algunos autores, se dejó arrastrar por los sectores más imperialistas de la clase política —los ya citados Henry Cabot Lodge, Roosevelt, A. T. Mahan, magnates de la prensa como Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst, senadores como Donald Cameron, escritores como Henry Adams— que propugnaban una actuación militar contra España apoyándose en sectores jóvenes de la población que veían en la guerra una aventura magnífica. De modo que cuando al fin estalló el conflicto, uno de sus promotores llegó a calificarlo como *esa espléndida guerrita*.

No queda la menor duda de que el detonante y causa primera de la guerra hispano-norteamericana fue la cuestión cubana, pero no por ello hay que pensar que la extensión del conflicto hasta las Filipinas fue una decisión de última hora. Para un minoritario pero sumamente influyente grupo la cuestión del Lejano Oriente brilló con luz propia, unida al *problema* cubano, dentro de los planteamientos finales que llevaron al conflicto armado contra España. Las actuaciones de Roosevelt, Cabot Lodge y Dewey, antes citados, así lo presuponen.

La carrera colonial en el Pacífico

Dejando ya definitivamente de lado los sucesos antillanos, hay que decir que las justificaciones de McKinley en relación con la adquisición de Filipinas fueron absurdas. La frase de un humorista norteamericano sobre las islas es sumamente esclarecedora respecto al conocimiento e interés de la sociedad estadounidense de la época, *el yanqui medio no habría podido decir si las Filipinas eran islas o conservas*. En este desconocimiento hay que comprender las afirmaciones del presidente cuando anunció que su país trataba de llevar el cristianismo a las islas. Esto no era tan sólo fruto de la ignorancia presidencial ante los grandes temas —situación, por cierto, habitual en muchos presidentes americanos de ayer y de hoy—, sino que se extendía a otros políticos como el senador Beveridge, un joven y ruidoso orador por Indiana que predicó la extensión de la *raza superior sobre las estirpes inferiores*.

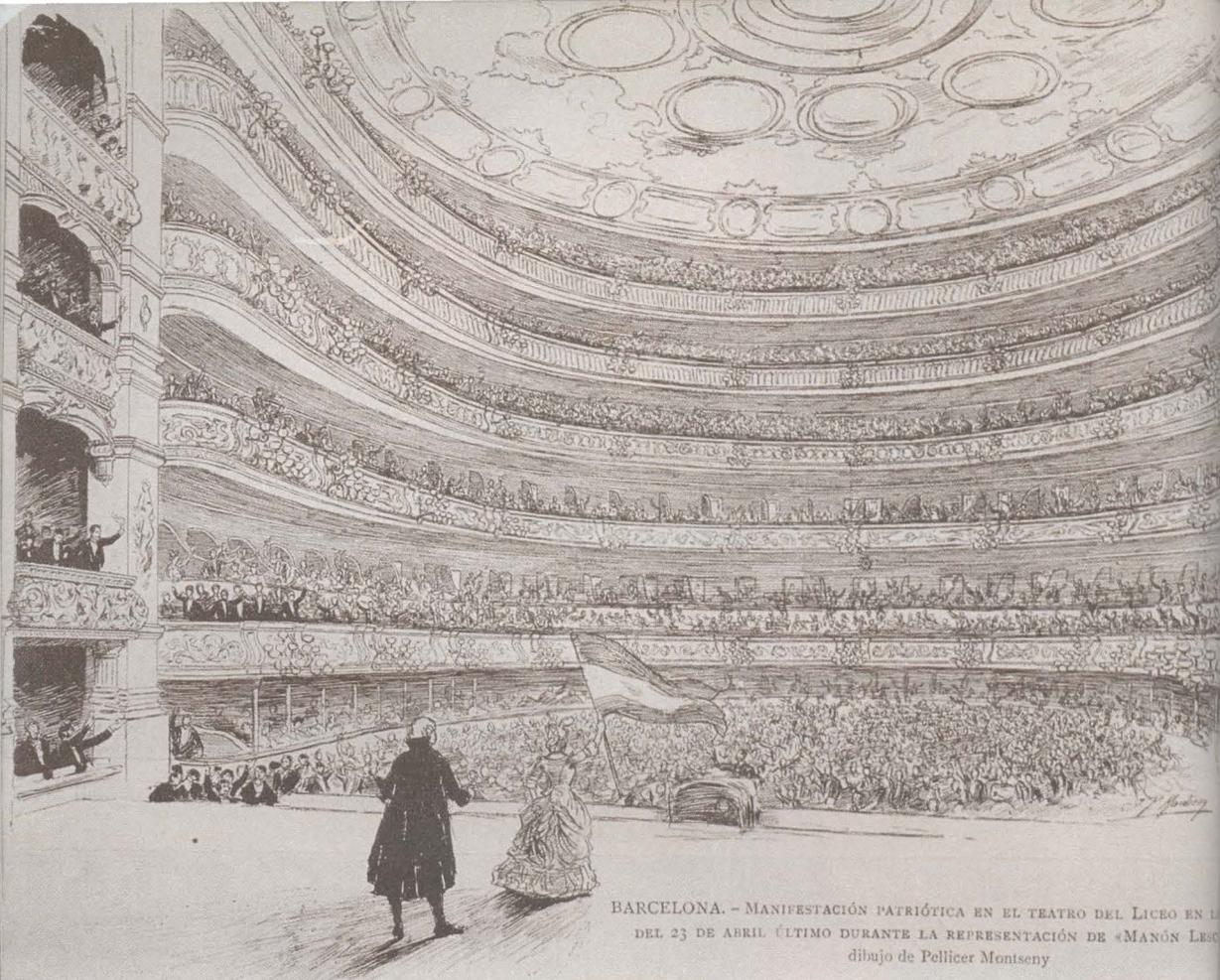
Esta falta de conocimientos y sentido común no se producía entre sectores económi-

cos y militares, plenamente conscientes de lo que se estaba gestando. No cabe la menor duda de que éstos vieron la oportunidad de adquirir a muy bajo coste una base inmejorable en una zona en la que hacía más de cinco décadas se encontraba el foco preeminente de atención de las Cancillerías y hombres de negocios europeos, y en la que los Estados Unidos tenían fuertes intereses, aunque nunca hubiera desempeñado un papel determinante.

Con la unión del Atlántico y el Pacífico por el canal de Panamá se puso de manifiesto el contraste entre ambos mares como campo de acción de la política exterior norteamericana. El Atlántico no ofrecía bases en su ruta hacia Europa. Si los Estados Unidos decidían permanecer apartados del *viejo continente*, en permanente conflicto latente, esta circunstancia constituiría por sí sola una barrera que dificultaría una acción rápida y eficaz de cualquier posible agresor. Pero la situación en el Pacífico era muy distinta. Los Estados Unidos tenían, o podían tener, una cadena de bases que se extendiese por el océano hasta concluir en las Filipinas. Además, la intromisión en el *circuito europeo*, donde se encontraban casi todas las potencias mundiales de entonces, habría sido difícil, por no decir imposible, en tanto que en Asia los Estados Unidos se encontraban en similar posición —salvando ciertas distancias— que Gran Bretaña, Alemania o Francia; es decir, en cuanto potencias que actuaban lejos de sus metrópolis.

Cuando la depresión de 1893 comenzó a dejar sentir sus efectos sobre los Estados Unidos, se presentó como solución la participación del país en la pugna por los mercados mundiales. Parecía que los Estados Unidos estaban destinados a depender, cada día más, de un comercio internacional del que hasta el momento se habían semimarginado. Su marina mercante era pequeña y sus barcos habían quedado anticuados desde los tiempos en que primaban los grandes veleros, los *clippers*, que hacían la ruta del Pacífico a Cantón y Hong Kong.

► En 1880 los Estados Unidos sacaban del Celeste Imperio importaciones por valor de unos 100 millones de francos y exportaban allí apenas una vigésima parte de esta cifra; las importaciones alcanzarían en 1900 unos 135 millones y las exportaciones más de 76. Los norteamericanos necesitaban el apoyo de su gobierno, lo que motivó que grupos imperialistas adoptasen de forma unilateral medidas que en otros países estaban dando buenos resultados. La flota mercante tenía que aumentar,



BARCELONA. - MANIFESTACIÓN PATRIÓTICA EN EL TEATRO DEL LICEO EN LA NOCHE DEL 23 DE ABRIL ÚLTIMO DURANTE LA REPRESENTACIÓN DE «MANÓN LESCAUT». DIBUJO DE PELLICER MONTSENY

pero se encontraría desamparada. Era preciso la creación de una armada que la protegiese —las teorías de Mahan y sus seguidores surgen aquí con pleno vigor—.

En un tiempo en el que los barcos se movían con carbón y en el que el radio de acción de éstos no era grande, una flota presuponía un número considerable de estaciones de carboneo o, lo que es lo mismo, *establecimientos*, colonias, etcétera. El camino hacia la ocupación de las Filipinas estaba ya trazado.

La guerra hispano-norteamericana del 98 tuvo dos escenarios: las Antillas y el archipiélago filipino; y se resolvió en tres acciones principales: Cavite, Santiago y Manila.

Desde 1896 se extendía la insurrección de los tagalos por la provincia de Manila, de forma similar a lo que ocurría en Cuba. Tras el mandato del capitán general Camilo Polavieja, su sucesor, Fernando Primo de Rivera, aplicará una doble política basada en la actuación militar y la negociación que llevará al pacto de Bial-Na-Bató (23 de diciembre de 1897), por el que el líder tagalo Aguinaldo se expa-

triaba junto a otros cabecillas de la insurrección.

Aguinaldo, desde Hong Kong, tomará contacto con los estadounidenses por medio de su cónsul en Singapur, quienes le instigarán —al igual que hacían en Cuba— al reinicio de la sublevación, entrando Estados Unidos en guerra con España antes de que ésta hubiese comenzado de nuevo.

La escuadra americana mandada por el almirante Dewey salió de Hong Kong rumbo a las Filipinas. Con el fin de repeler esta agresión, el almirante Montojo situó sus barcos bajo la protección de la artillería de la fortaleza de Cavite. El 30 de abril entraba en la bahía la flota de Dewey, compuesta por siete acorazados y 134 cañones. El 1 de mayo, tras pocas horas de combate, la plaza cayó en manos de los norteamericanos. El cierre del canal de Suez por parte británica a la flota del almirante Cámara supuso la definitiva pérdida del archipiélago. El general Wesley Merrit atacó Manila, que se rindió el 14 de agosto, cuando ya había sido firmado el armisticio general. El fin del dominio español

sobr
esta

El
189
tión
del
pres
se e
pect
las
ses
les
tores
te a
rial,
desc
punt
cias
de l
sión
arch
últi
misa
exig
McK
bía
loni
abie
res
que
mer
sólo
más
de l
estil
Kong
pués
optó
posi
día
pose
poco
tenc
un
desc
la o
más
te, s

Manifestación patriótica en el Liceo de Barcelona el 23 de abril de 1898 (La Ilustración Artística), izquierda. Emilio Aguinaldo, caudillo de la lucha independentista filipina, derecha

sobre el islarío del Pacífico estaba ya casi consumado.

El protocolo de agosto de 1898 había aplazado la cuestión de las Filipinas a la firma del Tratado de París. La representación norteamericana se encontraba dividida respecto a cuáles habrían de ser las exigencias estadounidenses con los territorios españoles de Ultramar. Ciertos sectores se oponían abiertamente a toda ocupación territorial, pero órdenes tajantes desde Washington pusieron punto final a posibles diferencias entre los representantes de los Estados Unidos: *la cesión deberá abarcar todo el archipiélago o nada. Esto último es totalmente inadmisibile; por tanto, se debe exigir lo primero.* El propio McKinley manifestó cómo había crecido su apetito de *colonias*, una vez que cedió abiertamente ante los sectores imperialistas y belicistas que le rodeaban. Si en un primer momento había aspirado sólo a conservar Manila, o más tarde Luzón —en la línea de lograr una base sólida al estilo de la británica de Hong Kong— manifestó que, después de rezar intensamente, optó porque sólo cabía una posibilidad. Dado que no podía ser devuelta a España la posesión de las islas, ni tampoco ser entregada a otra potencia —pues esto supondría *un error económico y un descrédito* para la nación— la opción que quedaba, la más lógica y que, teóricamente, se adaptaba a la línea ideo-



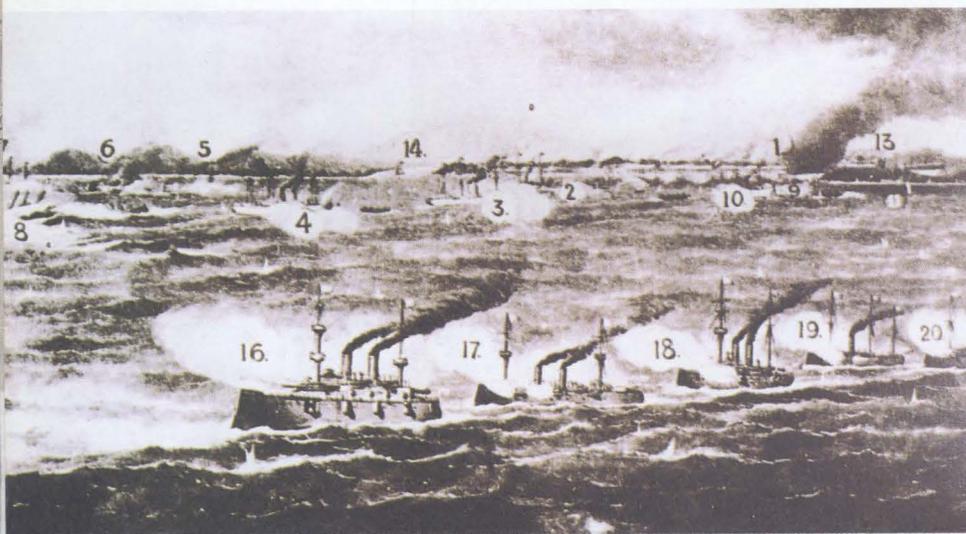
lógica de la ex colonia, era la independencia para las Filipinas, que fue rechazada alegando que *no estaban preparados* los filipinos para asumir dicha independencia. Como señala Timothy McDonald, (...) *la decisión de apoderarse de Manila y sus alrededores estaba tomada antes de que McKinley informara al Todopoderoso y a sus compatriotas sobre sus planes.*

Estados Unidos, o mejor sus clases políticas más concienciadas e imbuidas del *nuevo imperialismo*, habían cerrado un ciclo colonizador en el continente americano, y ahora se preparaban para unirse al *Gran Juego* (sic) que se desarrollaba al otro lado del Pacífico.

Cuando en la sesión del 31 de octubre de 1898 los norteamericanos expusieron sus

graban el cese de la soberanía española en Cuba, el abandono de Puerto Rico y demás islas de las Indias Occidentales, así como la de Guam, del archipiélago de las Marianas y de las islas Filipinas. El cuarto fijaba el trato de favor, por diez años, para las naves y mercancías españolas destinadas a Filipinas. El quinto era una cláusula militar, relativa a la repatriación de prisioneros y al destino del material de guerra. Los restantes aludían a problemas de derecho privado, condición de los bienes... Los últimos se referían a la temporalidad de la ocupación americana de Cuba y a la cláusula de estilo para la ratificación del tratado.

El 1 de enero de 1899 España hizo entrega de sus hasta entonces territorios ultramarinos, poniendo trágico fin a un período



Batalla de Cavite, 1 de mayo de 1898

exigencias, España en el peor de los casos sólo esperaba perder una pequeña porción de su territorio filipino; no se percibía cómo había crecido el apetito norteamericano y hasta qué punto los intereses del capital americano tenían los ojos puestos en las islas, por su propio mercado y como puerta de entrada al creciente mercado chino, lo cual les supondría una solución, al menos parcial, al problema del exceso de productos y capitales.

El Tratado de París

España obtuvo por la cesión de Filipinas 20 millones de dólares. El 10 de diciembre se firmó el Tratado de París, que se componía de 17 artículos. Los tres primeros consa-

exento de grandes catástrofes, de las que jalonaron el progresivo empequeñecimiento territorial de la monarquía española tras los tratados de Utrecht, para dar paso a una última y costosa empresa colonial en Marruecos de profundas repercusiones en la España del siglo XX.

Estados Unidos ya había logrado asentar sólidamente sus rutas de aproximación a los mares de China y consolidar una base —las Filipinas— que permitiese una competencia a la, hasta entonces, privilegiada base británica de Hong Kong, de cara al mercado chino. Se habían sentado las bases de la sustitución de Gran Bretaña por Estados Unidos como guardian del orden internacional en Asia Oriental. El camino para las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki y la *teoría del dominó* estaba ya abierto.